

> LA OPINIÓN

# De la tiza y la pizarra a la enseñanza 'on-line'

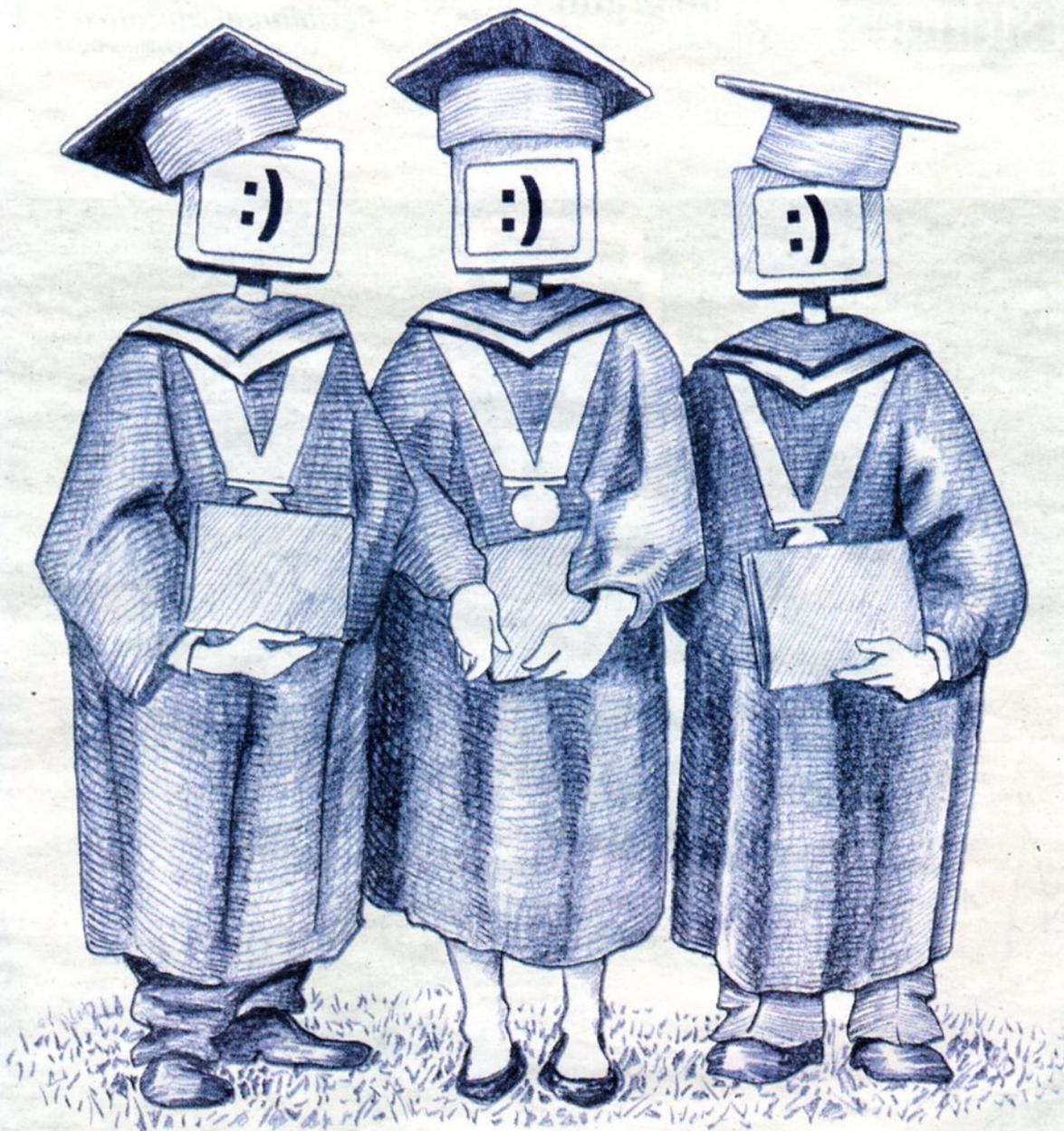
Por Juan José Mateos

Existen fuertes evidencias de que Internet está cambiando muchas cosas a nuestro alrededor, y el hecho de que este artículo lo puedan leer en la versión tradicional de papel o en una pantalla, ya sea de un ordenador, un teléfono o una tableta, es quizá el mejor ejemplo de lo que quiero decir.

Con toda probabilidad esta revolución de las comunicaciones que han traído las nuevas tecnologías va a afectar a la enseñanza, y más concretamente a la universitaria, como lo demuestra el fenómeno de los 'Cursos Masivos Abiertos en Línea', más conocidos por sus siglas inglesas MOOCs, que en los últimos meses han alcanzado una gran difusión. Se trata de cursos especialmente preparados para la enseñanza *on-line*, que algunas de las mejores universidades del mundo han puesto con todos sus materiales a disposición de cualquiera que disponga de una conexión a internet y una pantalla.

El cardenal Newman (1801-1890), que es cita obligada en cualquier reflexión sobre la universidad, se preguntaba en *The Rise and Progress of Universities* ¿qué es una universidad? y concluía que es un lugar para la comunicación y la circulación del pensamiento, por vía del encuentro personal; y tras señalar la importancia que los libros y revistas tienen para transmitir el conocimiento escribía: «Ningún libro puede presentar el especial espíritu y las delicadas peculiaridades del tema que trata con la rapidez y la certidumbre, con la simpatía, con el contacto directo, a través de los ojos, de la figura, del acento, de la manera, de las expresiones causales dichas en el momento, los términos francos que la conversación familiar conlleva». Y un poco más adelante insistía: «Los principios generales de cualquier estudio se pueden aprender en casa por medio de libros, pero el detalle, el color, el tono, el aire, la vida que hace que nosotros lo vivamos, todo esto ha de atraparse, ha de conseguirse, de aquellos en los que ya vive».

Newman no podía imaginar en el siglo XIX cómo los avances en las tecnologías de la comunicación podían reducir las distancias y con ello podía afectar a la educación. El desarrollo de la radio dio lugar al nacimiento de las primeras universidades a distancia, lo que permitió el acceso a la universidad de personas que tenían la capacidad y el interés para estudiar, pero no podían asistir a clase. Pues bien, el salto tecnológico que ha supuesto el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información, al permitir no ya la transmisión sino el intercambio de infor-



NIETO

mación, ya sea en forma de datos, de imágenes o de sonidos, con un coste muy reducido, ha supuesto una revolución que está afectando a la forma en que las personas se relacionan y a la manera en que se producen la mayor parte de los bienes y servicios que consumimos, entre los que, sin duda, se en-

## Los cambios tecnológicos exigen a las universidades adoptar aptitudes innovadoras

cuentra la enseñanza universitaria.

El creciente número de universidades que ponen sus cursos en abierto en la red y el elevado número de seguidores es una prueba de lo anterior y obliga a que este fenómeno no puede ser ignorado; la cuestión es determinar si esta forma de difundir el conocimiento vendrá únicamente a reformar la metodología de la educación a distancia o va mas

allá y tiene capacidad para sustituir con éxito a una parte de la universidad presencial.

En este sentido, resulta reveladora la noticia publicada en el *New York Times* el pasado 23 de enero, donde daba cuenta del acuerdo entre varias universidades públicas norteamericanas y una empresa especializa-

## La dificultad de muchos adultos para acudir a las aulas desaparece con las nuevas tecnologías

da para que ésta pusiera en la red con acceso gratuito cursos introductorios que podrían ser reconocidos para aquellos que los aprueben y deseen completar, ahora ya pagando, sus carreras.

Es evidente que esta nueva modalidad de enseñanza/aprendizaje va a implicar un cambio que va a afectar a nuestras universidades. Por una parte aparece como una

amenaza, ya que ofrece a los estudiantes la oportunidad de acceder a cursos impartidos por magníficos profesores, elaborados específicamente para poder ser seguidos a distancia pero, por otra, es una oportunidad para atraer nuevos alumnos, y, por consiguiente, poder afrontar las consecuencias de una débil demografía, teniendo en cuenta que contamos con un activo especialmente valioso: nuestra lengua, que nos proporciona un elevado número de potenciales alumnos que desea aprenderla y disfrutar de nuestra cultura, lo que ofrece una oportunidad magnífica para nuestras facultades de lengua y humanidades.

Estas nuevas tecnologías abren la universidad a un público más amplio, en el sentido geográfico, pero también en el generacional. Además de los jóvenes, permite el acceso a los adultos y las personas de más edad. La dificultad que muchas personas tienen durante su vida adulta de estar presentes en las aulas desaparece con las nuevas tecnologías, haciendo que la educación permanente sea cada vez más sencilla de compatibilizar con la vida laboral.

El resultado final que estos cambios puedan tener sobre la universidad, tal y como hoy la conocemos, es difícil de prever; serán muchos los factores que influyan y que hoy difícilmente podemos anticipar, pero es evidente que el estatus de nuestras universidades se va a ver afectado por estos fenómenos, y que lo peor que se puede hacer es ignorarlos y continuar como si no pasara nada. Ciertamente nuestras universida-

des están desarrollando sus campus virtuales y, por tanto, no parten de cero para afrontar este reto. La cuestión reside en la capacidad para transformar lo que se ha concebido como una herramienta de apoyo a la enseñanza presencial en un conjunto de contenidos específicamente para formar alumnos no presenciales.

En definitiva, estos cambios exigen a las universidades adoptar aptitudes innovadoras, vencer las resistencias al cambio. Resulta evidente que pasar en muy pocos años de la tiza y la pizarra a la enseñanza *online* no resulta fácil, pero los jóvenes que en pocos años se convertirán en universitarios ya consideran las pantallas como su principal fuente de información y comunicación. Lograr una transición que permita mantener las ventajas de la educación tradicional y mejorarlas con la aplicación de las nuevas tecnologías es el reto que nos espera en los próximos años.

Juan José Mateos es consejero de Educación de la Junta de Castilla y León